

POR
JORGE DE LOS SANTOS,
artista y pensador



EL LOCO QUE DA CUERDA AL MUNDO

«¿CÓMO VAMOS A ENTENDER RACIONALMENTE EL MUNDO SI EL MUNDO ESTÁ HECHO POR UN LOCO?». MAX ERNST, EL ARTISTA QUE TRANSITÓ DEL DADÁ AL SURREALISMO, RESPONDÍA CON ESTA PREGUNTA A UNA ENTREVISTA A MEDIADOS DEL SIGLO PASADO.

Basta repasar la primera mitad del siglo XX, el de Max Ernst, para corroborar que, sin la más mínima duda, el mundo tiene que ser la obra de un loco. La obra de unos cuantos locos que habían conseguido, precisamente por su enajenación, una posición de poder: justo ese que les otorgaba la posibilidad de ordenar y evolucionar (de «guionizar») el mundo según su loco criterio. El poder de hacernos creer que su indiscutible locura era una visionaria lucidez. El siglo XXI acrecienta esa dinámica. Tanto es así, que pareciera que «triunfar» guardara una estrecha relación con una cierta manía o locura que se ha normalizado en los que lo consiguen. Que si quiere usted «ser alguien» primero debe construirse y demostrar su falta de cordura, que solo usted en su dislate puede contribuir a que las cosas sigan siendo como son.

LOS ANTIGUOS GRIEGOS DENOMINABAN «HYBRIS» a una particular locura y grave falta moral que hacía que un sujeto careciera de contención para asumir lo que lo diferenciaba, en cuanto humano, de los dioses. La «hybris» es lo que rompe en el sujeto cualquier limitación, cualquier valor normativo, cualquier cortapisa, cualquier barrera ética, cualquier condicionante de contención y principio de realidad. El poseído por la «hybris», intentaba apropiarse así de lo sagrado (el mayor «sacrilegio», según Píndaro), pues se consideraba a sí mismo carente de límites y forma definida, capaz de cualquier cosa, sin «una» realidad sino las perpetuas alternativas, empujado por una manía megalómana que le hacía creer que solo importaba su «sueño», su apetencia, su desmedida ambición y avaricia. Dispuesto y sometido por el «exceso», por cualquier exceso, carente de la virtud de la contención, sin la necesaria sabiduría que nos hace comprender que hay cosas que no están, que nunca deben estar, ni a nuestro alcance ni para traspasarlas, ignorante de que contener la «hybris» no supone la resignación, la apatía o la falta de iniciativa, sino el saber encontrar medida al arrojo, a la ambición y al inconformismo. El sujeto engreído, enseñoreado y carente de otro valor que «el conseguir», porque le faltaba sabiduría para sujetar la pasional, inconsciente, desmedida e irracional «hybris», era inevitablemente condenado al cruel e infernal castigo. Él era el desequilibrio, se había desbordado, se extralimitaba... estaba loco.

LA MODERNIDAD, CON SU SIEMPRE HACIA ADELANTE «PROGRESO» que no contempla que se pueda progresar «hacia atrás», hacia la sustracción de lo que nos estorba para ser y no hacia la perpetua adición de lo que no somos, con su insaciable apetito por un crecimiento incontenible, con su axiología que pone en la cúspide de los valores el exponencial beneficio o con su imparable avidez de acumulación, solo puede explicarse por la «desinhibición» de la «hybris». Con la insensatez que da una «hybris» no sometida a control. La tesis es de Sloterdijk; nada parecido al capitalismo, nada semejante al llamado neoliberalismo podría darse si en determinado momento la «hybris» no se hubiera «desinhibido» en nosotros, si no hubiera pasado de ser entendida como una locura, a devenir la mayor de las virtudes. Si no nos hubiésemos vuelto locos. «El límite te lo impones tú», «nada es imposible si se desea», la autosuperación como mayor virtud de todos nosotros sin considerar «lo dado», la presunta autorrealización reviente quien reviente, el «si quieres puedes», pues basta con quererlo... ¿No serán todas esas soflamas y arengas hacia lo ilimitado contrarios a la cordura? Cristóbal Colón, como paradigma del arrojo desbocado que cambia el mundo, es un tipo que embarca en un esquife para llegar no se sabe dónde, durante no se sabe cuánto tiempo y a costa de no se sabe cuántas muertes. Cabe la posibilidad de que Colón estuviera loco. Que como él todos sus actuales émulos entronizados como héroes por no sentirse sometidos a limitaciones algunas estén locos. Se crean, como buen orate, dioses. La disrupción poliédrica que nos acomete ya y frente a la que no podemos recular, la tesis es de Stiegler, es fruto, no tanto de una estupidez sistémica de los sujetos, sino de su sistémica locura. La disrupción que nos descuarta, que nos desnaturaliza, que nos enferma y nos aboca al exterminio es el destino, lo fatídico que nos aguarda por no haber sabido contener lo que somos, por padecer todos, universalmente, masivamente, de «hybris». Por dejarle dar la cuerda al mundo y cumplir por ello la cruel condena de Némesis de no saber ya quiénes somos. En la repleta octava fosa del octavo círculo del infierno donde Dante encerraba a los malos consejeros de cuerpo de serpiente y rostro de hombre honesto, con una «hybris» que no les cabe entre el pecho y la espalda. Allí donde hay tantos que, si entra uno más, cae otro irremisiblemente al noveno círculo. Al último. □

“La «hybris» es lo que rompe en el sujeto cualquier limitación, cualquier valor normativo, cualquier cortapisa, cualquier barrera ética...”

